



---

## **Viereck, Roberto (sf). La voz letrada**

---

**ALFONSO ARRIVILLAGA CORTÉS**



A un asombroso viaje nos precipita Roberto Viereck a través de estos seis diálogos con los amerindios hacedores de la metáfora. Partiendo del istmo de Tehuantepec, Oaxaca, en el registro más septentrional del estudio, nos presenta a Natalia Toledo indígena zapoteca. De ahí se desplaza al corazón de la península de Yucatán, en Tepakán, Calkiní, Campeche, donde habita Briceida Cuevas Cob, maya yucateca. Dos voces femeninas en un universo aún casi en exclusiva en manos de los hombres. De las tierras bajas sube a las tierras altas mayas a encontrarse con Humberto Ak'abal, en su natal Momostenango, enclavado en tierra de los ki'che', para luego dejar Mesoamérica y conectar con la otra mitad de Abya Yala. En Ecuador presenta al otavaleño Ariruma Kowii, y en Perú, a Eduardo Ninamango Mallqui de Huancayo, ambos quechua o kichwa, según prefieran autodenominarse. Cierra este compendio de encuentros con

Elicura Chihuailaf Nahuelpan, allá en la región de la Araucanía en Chile.

Variopinto panorama de la poética indígenas de América, precedido por un acucioso ensayo que amplifica la visión sobre los hacedores de la palabra, nos acerca también a una caracterización de esa forma literaria y de los cauces que la conforman: el camino recorrido por el autor, los diversos enfoques y ópticas con que se lee, así como una suerte de huellas, rastros, sentidos y resposos que denotan "la palabra sentida". El lector, de hecho, logra penetrar por medio de la conversación en algunos de los secretos de esta forma literaria, hasta cierto punto fuertemente matizada por una oralidad que algunos —como Chihuailaf— la definen como oralitura, donde se concatenan no sólo la palabra hablada y la escrita, sino que también aquella tensión que define en sí al hacedor de la palabra: en este caso, desde la escritura hacia la palabra que retorna al pueblo que la cultiva, acaso en el discurso ritual, en el lenguaje profético o en la metáfora misma de la vida.

Viereck aborda entre otras cuestiones, una que me parece fundamental: la traducción como ese filo por donde camina la obra de los indígenas escritores, cuyas experiencias develan resultados incuestionablemente positivos, por medio de una estrategia textual bilingüe que incluye, por supuesto, el español, una lengua que, después de todo, también les pertenece, como advertiera lúcidamente el poeta náhuatl Natalio Hernández en 1998. Una afirmación que tras el paso (y el peso) del tiempo resulta innegable a la luz de la verdade-

ra historia lingüística de los pueblos amerindios en la América hispana.

Seguramente por ello, y aunque el estudio se plantea a partir de los poetas contemporáneos, que identifica una nueva poética indígena americana desde la década de 1970, es que la palabra florida y el canto de hoy aparecen como prácticas que se remontan al pasado de los hacedores de la metáfora. De particular interés es la relación del canto dentro de la concepción de dicha poética, y esto no sólo por su inclusión en el texto, sino principalmente por el hecho musical mismo. Los escritores le dan preeminencia al ritmo, a esa misma musicalidad que el texto dice contener y que acaso junto con la representación misma (el performance) logren “la palabra vivida” o “la palabra asombrosa” entre sus lectores/audiencia, un baño refrescante ante el agotamiento de lo occidental.

Estos poetas se remontan a la raíz (de un pasado histórico), a la voz propia (de una identidad que no se doblega), a la naturaleza onomatopéyica (que los “otros” no pueden escuchar ni reproducir), a la mística y agnóstica (contra el dogma y el fanatismo), entre otras características que van constituyendo un rastro que no se pierde entre los nuevos portadores.

Los diálogos que Viereck nos presenta tienen, en este sentido, una fuerza pedagógica, pues tratan de una charla intercultural, en cierto sentido mediada para los lectores “occidentales”, que representan “lo oficial” en los países donde conviven las culturas amerindias

relegadas a lo subalterno. Quizá por ello, se escuche a través de las páginas, de alguna manera, un cierto grito de denuncia, el reclamo, la protesta que se alza por la propia mediación que implica la palabra escrita. En definitiva, con estos poetas asistimos a un recorrido por otra concepción de la observación, de la escucha, de la manera de ordenar y analizar el mundo. Visiones propias de cada cultura que dan marco a valoraciones literarias únicas, determinadas, como siempre, también por influencias, rupturas y búsquedas, así como por las diversas improntas nacionales, un matiz que se trasluce, además, en cada entrevista y del que cada lector puede recoger datos más allá del ejercicio estético-literario. Esto último, en tanto se asume como evidente que la concepción de la persona y su relación con los “otros” son las que dibujan dichas construcciones dentro del diálogo, como se desprende del complejo de construcciones mediadas por la traducción y la convivencia intercultural que cada uno de los poetas exhibe. La mediación es, para quien no tiene la capacidad del relativismo, una condición del multiculturalismo. Quizá por ello esta poesía sea tan primigenia como mestiza.

Especialmente satisfactorio, desde mi particular perspectiva, es el manto de universalidad al que invitan renovadamente los exorcismos de estos hacedores de la metáfora –cuales pócimas mágicas– para los males de la modernidad. Tal vez, esa sea su naturaleza: el conjuro. A mi juicio, lo reitero una vez más, a través de estos diálogos asistimos a una lección de asombro para el otro, para el monolingüe, el que no sabe

o no quiere pasar al otro lado, donde las palabras toman el sentido y la dimensión que requieren para darle color a la idea y textura al cuerpo de regreso.

La voz letrada puede ser entendida desde una óptica tan múltiple como la se despliega a partir del título, pero también, y antes que nada, como la fuerza con la que se levanta la voz de aquellos que terminamos siendo también –y por empatía– nosotros mismos.

Con todo, *La voz letrada*, de Roberto Viereck, es una oportunidad única para escuchar las “voces” letradas amerindias de un universo cultural que nunca renunció a su pluralidad, a pesar de las impuestas generalizaciones conceptuales. Este libro es para mí –y lo afirmo sin remilgos– un agasajo que nos acerca a esos cargadores modernos de pócimas de la tradición oral renovada en la letra.